

Brenda Ledesma

*Fotografía en las aceras de Guadalajara*

Guadalajara, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Jalisco, (Colección becarios), 2010.



Toda investigación que tienda a descubrir las prácticas olvidadas de las diversas culturas fotográficas es loable por sí misma. Porque mirar hacia los registros relegados es descubrir la función que la fotografía adquirió en la cotidianidad de cualquier sector social. Es dejar de lado la mirada opulenta, aquella que sólo atiende a los grandes nombres de la historia fotográfica, para redescubrir lo mínimo o lo fugaz de una acción que no por ello deja de convertirse en un documento cultural. Imágenes de memoria social. Eso sucede con el libro de Brenda Ledesma *Fotografía en las aceras de Guadalajara* que incide en aquella práctica hoy olvidada del registro de las instantáneas fotográficas que se le hacía a cualquier peatón en su deambular por la urbe.

Ahora bien, por momentos, toda la inicial y extensa parte teórica del libro de Ledesma (su capítulo 1) pareciera que complejiza lo sencillo. Su aparato crítico se vuelve errático y, hasta el capítulo 2, pareciera que estamos ante una tesis universitaria que no tuvo una revisión cuidadosa. Mientras, el contexto social es obligado aquí para comprender el entorno social fotografiado, pero se pierde en información innecesaria (lo estadístico o el trazado de la ciudad). La cotidianidad citadina de Guadalajara podía haberse reflejado desde otros ámbitos, digamos, más plenamente urbanos. En otras partes de la investigación se va dema-

siado lejos en los tiempos históricos de la propia fotografía para explicar una particular práctica del presente. Por eso hasta el capítulo 3, el sustancial junto con el 4, es que Ledesma se adentra a su objeto de estudio. Y es cuando la fotografía realizada en las aceras y sus personajes registrados comienzan a adquirir otra dimensión. La autora regresa a los espacios cotidianos de las familias (“Kodak y la cámara en los espacios domésticos”), a sus álbumes de recuerdos; localiza colecciones de personas, que por momentos fueron anónimas, para recobrar sus imágenes para una historia de la ciudad. Y analiza las circunstancias: “Pensando en la fotografía de acera, su aparición puede asociarse con este cambio de la cámara de tripié a la portátil, y del abandono de la placa por la película flexible. Así también podemos considerar la nueva valoración de lo espontáneo y natural, en detrimento de los retratos émulos del estilo romántico, como un factor que pudo facilitar la popularidad y aceptación de las fotografías de acera: sin una película lo suficientemente sensible como para congelar el paso de un transeúnte, estas imágenes hubieran sido imposibles. El sigilo y discreción con que los fotógrafos acechaban a los paseantes tampoco se habría logrado si aquellos hubieran tenido por equipo un aparato de treinta kilos.” Desde ahí la microhistoria de una urbe es que adquiere otra dimensión.